

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quienes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros, que segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de que parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO 1.º

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO 1.º

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra, vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO, lee la carta.

«Horacio: luego que hayas leído esta, dirigirás esos hombres al Rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos dias de navegacion, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navio era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegámos al abordaje: yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desaherrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian

lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si hubieras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oido, que te dejarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes á espresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. A Dios. Tuyo siempre — HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis despues adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

Gabinete del Rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, despues que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta..... Pero decidme: ¿porque no procedéis contra escesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian escitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.

Por dos razones; que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (14) que la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan es-

trechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del Principe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demas. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la.... Pero.... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del Princi-

pe: esta para vuestra Majestad, y esta para la Reina.

(*Da unas cartas á Claudio.*)

CLAUDIO.

¿De Hamlet! ¿Quien las ha traído?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibí del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO, lee una carta.

«Alto y poderoso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia Real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi estraña y repentina vuelta. — HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO, examinando con atencion la carta.

Sí, es de Hamlet... *Desnudo*.. y en una enmienda que hay aquí, dice: solo... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo.... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fue de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto... Eh! ¿Como es posible?... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Si señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no escitará el aura mas leve de acusacion: su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponeis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demas que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y que habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que la es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco á los Franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos ginetes; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Parecia haber nacido sobre la silla, y hacia ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo; y tanto escedió á mis ideas, que todas las for-

mas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

¿Decís que era normando?

CLAUDIO.

Sí, normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues este, hablando de tí públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que dijo alguna vez que seria un espectáculo admirable verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto que, según aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto...

LAERTES.

¿Y que hay además de eso, señor?

CLAUDIO.

Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta un corazon?

LAERTES.

¿Porque lo preguntais?

CLAUDIO.

No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (15) está sujeto al tiempo, y

las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto unguento que compré de un charlatan; de cualidad tan mortífera, que mojado un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto.... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño: porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecución se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera.... Déjame ver si.... Harémos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida espesamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada, verémos cumplido nuestro deseo. Pero... calla.... ¿Qué ruido se escucha?

(Suena ruido dentro.)

que el tiempo estingue su ardor y sus centellas, según me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misina degenerando en plétora perece por su propio esceso. Cuanto nos proponemos hacer, debería ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece según las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando prodigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve.... ¿Qué accion emprenderias tú para manifestar mas con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer limites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré. Permanecé oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de tí el francés. Por último (16), llegaréis á veros; se harán apuestas en favor de uno y otro.... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte, que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en cualquiera de

ESCENA XXIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO,
LAERTES.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra: tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

Ahogada!... ¿En donde?... Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en

tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio.... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

¿Que en fin se ahogó? Misero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos.... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre por más que el valor se avergüence.... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femeníl ni de cobarde... A Dios, señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. (*Vase Laertes.*)

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Cementerio contiguo á una iglesia.

SEPULTUREROS 1º. Y 2º.

SEPULTURERO 1º.

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTURERO 2º.

Dígame que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1º.

Yo no entiendo como ya eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2º.

Así han juzgado que fue.

SEPULTURERO 1º.

No, no, eso fue *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar; de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2º.

Qué!.... Pero óigame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO 1º.

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien.... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas

ó por nefas, ello es que él va... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2º.

¿Y que hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1º.

Ya se ve que las hay, y por ellas se guia el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO 2º.

¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO 1º.

En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio entre todos los demas cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadon... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espueñas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2º.

¿Pues qué, Adan fue caballero (2)?

SEPULTURERO 1º.

Toma! como que fue el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á